

LOS JARDINES DE CHAPULTEPEC EN EL SIGLO XIX

AMPARO GÓMEZ TEPEXICUAPAN

Existen ciertos lugares que no se definen tanto por la utilidad y el rendimiento productivo como por el placer.
Alberto Magno



E. Cottart, Paseo por el Bosque de Chapultepec, siglo xx. Algunos de los paseos más hermosos del bosque fueron construidos a finales del siglo xix. Todos se convirtieron en lugar de reunión para los paseantes y adoptaron nombres como el de Calzada de los Poetas.

Desde el siglo xix, no existe sitio en los alrededores de la ciudad de México más favorecido por la naturaleza que el bosque de Chapultepec, legendario lugar donde el hombre ha encontrado sintonía con la vegetación, dispuesta de manera natural y artificial.

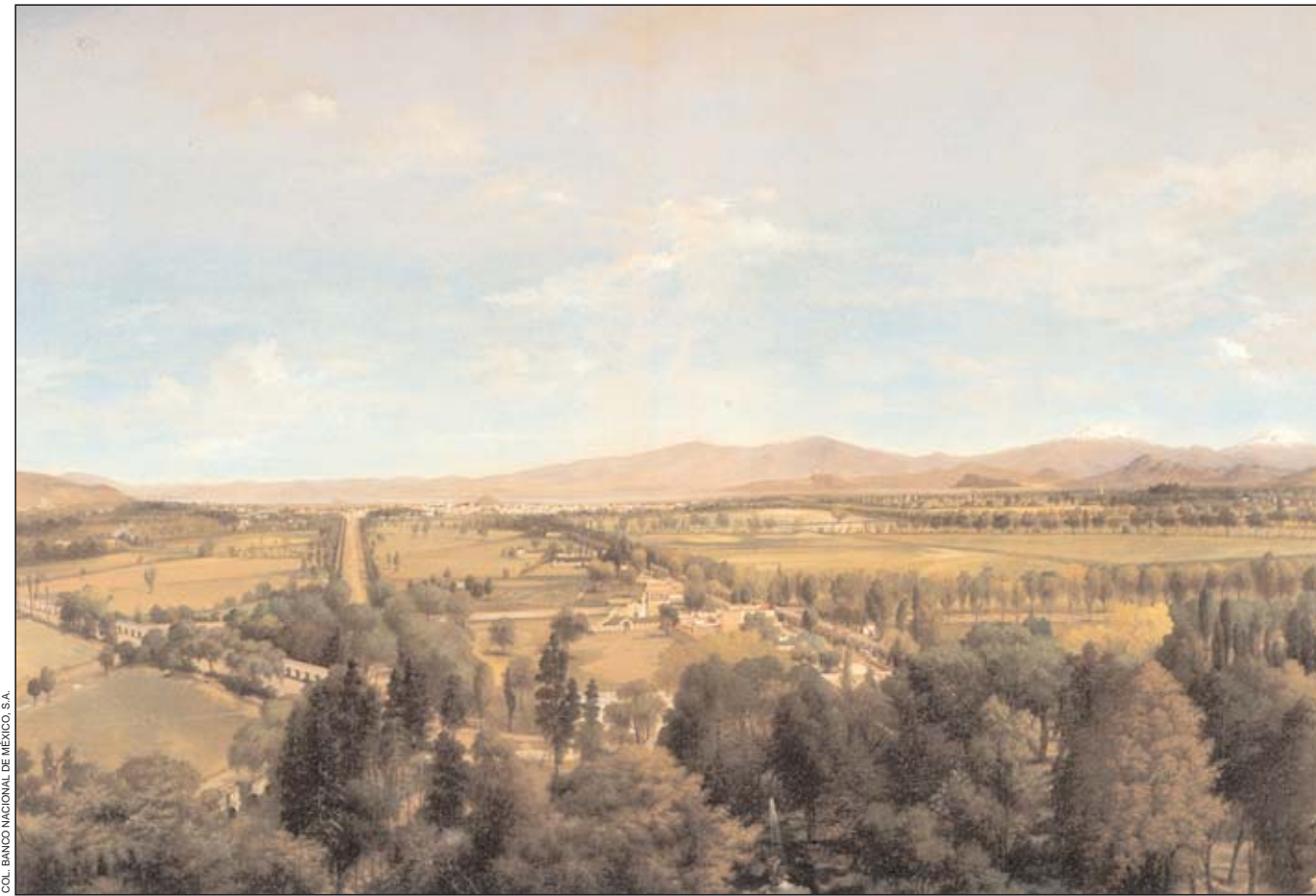


Moritz Rugendas, Bosque Sagrado de Chapultepec, 1831-1834. Esta obra, imagen de la influencia europea, es testimonio de la belleza y frondosidad que poseía el bosque de Chapultepec en la primera mitad del siglo xix.

Los jardines son una “isla de esperanza”, donde el hombre pretende encontrar la dicha en sintonía con la vegetación, dispuesta de manera artificial por quien la disfruta. Un lugar así se encuentra en el bosque de Chapultepec. No hay otro sitio en los alrededores de la ciudad de México más favorecido por la naturaleza que este legendario lugar, el cual ha merecido innumerables descripciones y alabanzas de escritores nacionales y extranjeros. Además, cotidianamente es visitado por todo aquel que desea y busca recrear el espíritu, contemplando el lugar y aspirando el aire libre y puro que ahí circula. Nada más solemne que su bosque, formado de árboles seculares; nada más agradable que sus frescos senderos; nada más simétrico que sus rocas levantadas como a propósito, a conveniente altura para sostener en su cima la construcción del bello edificio que ha merecido los nombres de castillo, fortaleza y palacio. Quien desde ese lugar dirige su mirada a la Cuenca de México, no puede menos que entusiasmarse con el panorama que descubre y tener una impresión que jamás olvidará. Por algo, desde tiempos inmemoriales ha sido considerado uno de los lugares más sagrados, dotado de manantiales que forman verdaderos riachuelos que desembocaban en tres hermosos es-

tanques llamados “albercas” y conocidos con los nombres de los Llorones, Moctezuma y de los Nadadores. Las albercas de Chapultepec abastecían de agua a la ciudad de México. En el *Calendario de Galván* se describía así a Chapultepec en 1838:

Cerca de una legua de distancia al Oeste de la ciudad de Méjico se eleva magestuosamente una pequeña colina llamada Chapultepec (cerro del Chapulín). En su cumbre descuella un pequeño palacio, y rodean su falda un espeso bosque de ahuehuetes (viejos del agua), un pequeño jardín de plantas exóticas y tres albercas que fertilizan la llanura. Una reunión de objetos tan interesantes a tan corta distancia de esta capital, hacen de Chapultepec un sitio de recreo bastante frecuentado y que excita en muchos concurrentes el deseo de saber el origen de aquel palacio y de las construcciones que le circundan, la antigüedad de aquellos árboles gigantes, la época del establecimiento de aquel jardín botánico, el destino de las aguas de sus manantiales, y todos los objetos de aquel sitio encantador; mas las noticias de algunas de estas cosas se han perdido en la oscuridad de los tiempos y dado margen a tradiciones más o menos verosímiles, y aún a anécdotas verdaderamente extrañas... de este memorable sitio.



COL. BANCO NACIONAL DE MÉXICO, S.A.

Francisco de Paula Mendoza, Valle de México desde el Castillo de Chapultepec, 1880. El paseo del Emperador o de la Emperatriz fue trazado por órdenes de Maximiliano para unir el Palacio Nacional y Chapultepec. A partir de 1872 pasó a llamarse Paseo de la Reforma; la sombra de sus numerosos y variados árboles ofrecía un ambiente único.

A esta especie de árboles hacían compañía numerosos fresnos, álamos, sauces comunes y llorones, que con su ramaje sombreaban y daban frescura al parque y a los céspedes esmaltados donde lucían preciosas flores, de las que abundan en la Cuenca de México, y que parecían reunidas ahí a propósito, formando un tapiz de mil colores, en el que descollaban los girasoles amarillos, el monacil amarillo, los lirios morados, las cantuas, azaleas, siemprevivas, borlas de San Pedro, cicutas, yerbas del negro, tempranillas, verbenas, mazorquillas, hiedras rojas, toloaches, dalias, heno pequeño, cardenales, *cempoalxóchtli*, zoapatles, yerbas del ángel, siemprevivas amarillas, malvas, espinosillas, obeliscos rojos y muchas otras. Como rocío de punto azul pálido se extiende el precioso *forget me not*, el “no me olvides” de los enamorados, que en conjunto mantenía el bosque en perpetua primavera.

El Castillo de Chapultepec se engalanó con jardines artificiales cuando lo habitó el emperador Maximiliano de Habsburgo, entre 1864 y 1867. El monarca no escatimó ninguna cantidad, por elevada que ésta fuera, para embellecer su mansión imperial. Educado en la cultura de los jardines europeos, Maximiliano trajo de Austria y de Trieste jardineros y arquitectos para hacerse cargo del embellecimiento de los jardines de su residencia imperial.

Gracias a las memorias de Wilhelm Knechtel, jardinero de la corte de Maximiliano –recientemente traducidas del alemán y próximas a publicarse por el Museo Nacional de Historia–, hoy sabemos que los jardines de la terraza superior del Alcázar fueron diseñados por la mano del emperador de México y realizados tanto por el arquitecto Julius Hofmann como por nuestro jardinero escritor, quien relató:

En plena armonía con la arquitectura se empezó al mismo tiempo el diseño del jardincito en la terraza superior, lo que requirió el transporte de la tierra necesaria colina arriba a lomo de burros. [...] Árboles con flores abundantes, en su mayoría exóticas y arbustos, muchas rosas y otras flores atraían a los colibríes, que muy pronto empezaron a construir sus nidos, lo que complació mucho a sus Majestades al observar el ir y venir de estos pajaritos vivarachos que parecen mariposas.

Sobre estos trabajos, la emperatriz Carlota compartió su alegría con su abuela materna, la reina María Amelia, a quien le comunicó en noviembre de 1864: “Max ya arregló aquí el jardín, o más bien la terraza, de una manera admirable...”. Al finalizar dicho jardín, los trabajos continuaron en la planta baja del Alcázar y en el Patio de Ho-



COL. MUSEO NACIONAL DE HISTORIA, INAH

Édouard Pingret, San Miguel Chapultepec, 1851. “Cerca... de la ciudad de Méjico se eleva magestuosamente una pequeña colina llamada Chapultepec (cerro del Chapulín). En su cumbre descuella un pequeño palacio, y rodean su falda un espeso bosque de ahuehuetes (viejos del agua), un pequeño jardín de plantas exóticas y tres albercas que fertilizan la llanura” (Calendario de Galván, 1838).

nor del Castillo, donde se plantaron palmeras *Thrimax*, higueras, thuya o alheña, *Caprisolium*, bugambilias y *Tacsonia*, además de varias especies traídas de los viveros de Miramar, como la *Rhopala corcovadensis* y la *Grevillea robusta*, entre otras.

Los jardines de Maximiliano fueron bellamente descritos por el presbítero e historiador Dámaso Sotomayor, en el invierno de 1865, quien llamó a Chapultepec la Perla del Valle de México:

Chapultepec, he aquí la joya más preciosa y el más rico pensil del espléndido y sin rival valle de México... encontrándonos ya sobre el gran patio de la Plaza de Armas, haremos la descripción particular del castillo... Hacia el interior se deja ver el patio, materialmente tapizado de flores. Los jardines ahí, a la sola altura del piso, compónense generalmente de un fondo de luciente césped y una orla de flores; pero en tan bella disposición y buen orden, que vistos desde las alturas del alcázar, se presentan a la vista como deslumbrantes tapetes orientales de caprichosas y elegantes formas, cruzados por callejuelas que dan hacia los cuatro vientos. Esta clase de jardines, que solo cubren al suelo de césped y de flores, son los que están en primer término: un poco más allá se levantan á mayor altura otros, con

sus rosales, dalias, azucenas, rosa té o pajiza, condesas, reinas... y en los últimos términos del cuadro se dejan ver otros en forma de pequeñas selvas, con arbustos y plantas de otros climas. Por en medio de estos campos de flores se levantan sobre tazas de mármol ligeras columnas de agua, que derramadas en menuda lluvia, acaban por dar al cuadro los más bellos y variados toques. Ahí los horticultores limpian, cultivan y asisten constantemente aquella deliciosa mansión, que regada á tarde y á mañana con las mangas de agua americanas, se deja ver llena de una vida y de una fecundidad que no se marchitan...

Así lució durante el breve segundo imperio mexicano y después quedó en el cruel olvido.

JARDINES PORFIRIANOS

Hacia 1886, el general Porfirio Díaz, presidente de la República, trasladó su residencia a Chapultepec. Tal decisión le permitió darse cuenta del descuido en que se encontraba el otrora más bello sitio del valle. Tocó a la entusiasta Carmelita Romero Rubio de Díaz influir en los trabajos de recuperación del inmueble y de sus jardines, para transformarlos en un lugar de completo solaz, imitando el bosque de Bo-



James Gay Sawkins, Vista de México desde el Convento (sic) de San Cosme, siglo XIX. Otro lugar de esparcimiento cercano a la capital era el barrio de San Cosme, en el que abundaban prados y jardines con hermosos rosales, hortensias azul y rosa pálidos, estanques, fuentes murmurantes, cenadores y quioscos en medio de los prados.

lonia en París. Para lograrlo fue necesario traer expertos jardineros belgas, con los instrumentos necesarios para arreglar el bosque con nuevas plantaciones, limpiar el terreno y disponerlo todo para rejuvenecer lo ya existente. También se hicieron obras para recubrir las numerosas zanjas que había en las calzadas y volverlas transitables. Con ello se facilitó la circulación de los carruajes de las distinguidas personas que acostumbraban concurrir a ese paseo. En fin, Chapultepec fue reformado, aprovechando las innovaciones de la época. El jardín de la terraza superior del Alcázar se convirtió en esos años en un pequeño bosque aéreo, al cual se le agregaron prados y diversas plantas como tulias, galvias, rosales de todos los colores y varios árboles de troenos. La rampa fue arreglada en su totalidad, con una nueva alineación, al tiempo en que la balaustrada era renovada.

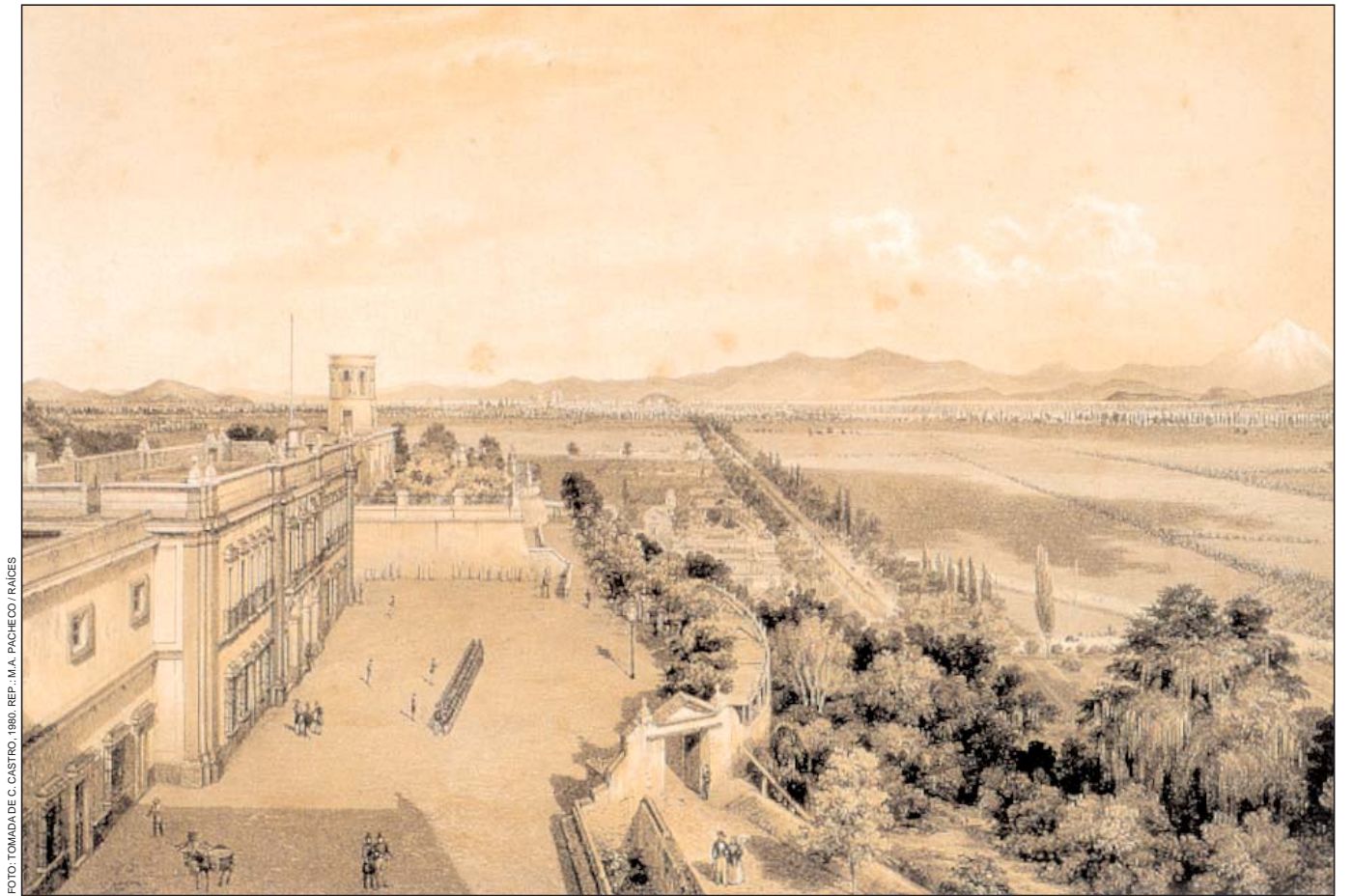
A finales del siglo XIX, el bosque de Chapultepec comprendía un área de 300 ha. Para entonces las tareas estaban a cargo de la Comisión de Embellecimiento y Cuidado del Bosque de Chapultepec, bajo la dirección de José Yves Limantour, quien ordenó su restauración. De esa época provienen algunos de los paseos más hermosos, con sus jardines alrededor y amplias avenidas adornadas con esculturas y fuentes. Todos se convirtieron en lugar

de reunión para los paseantes y adoptaron nombres como la Calzada de los Poetas. Asimismo, se llevó a cabo la excavación del lago artificial y la construcción de la Casa del Lago, que primero sirvió para alojar a los visitantes oficiales y más tarde fue la sede del Automóvil Club. Muy cerca de ese lugar se instaló un parque zoológico, con una colección de animales salvajes y domésticos, y un jardín botánico alumbrado, para mayor gozo de sus visitantes. También se edificaron varios quioscos, donde se vendían alimentos, y el Restaurante Chapultepec, sitio al que regularmente acudía la sociedad más selecta del porfiriato.

Otro hermoso paseo arreglado durante el porfiriato fue el del Emperador o de la Emperatriz, que había ordenado trazar Maximiliano para acercarse a sus dos centros de poder: el Palacio Nacional de México y el de Chapultepec. A partir de 1872 pasó a llamarse Paseo de la Reforma, el que con la sombra de sus numerosos y variados árboles brindaba un ambiente único.

LOS JARDINES DE TACUBAYA

Debido al bullicio de la ciudad, varias familias pudientes construyeron casas de campo o de retiro en las afue-



Casimiro Castro, El valle de México tomado desde las alturas de Chapultepec, 1855-1856. Chapultepec es el sitio de los alrededores de la ciudad de México más favorecido por la naturaleza, al grado de que no sólo ha merecido innumerables descripciones y alabanzas de escritores nacionales y extranjeros, sino que ha sido motivo para pintores y grabadores.

ras de la capital. Muchas eligieron la Villa de Tacubaya para edificar imponentes residencias. De ese pequeño poblado, decía un escritor en 1858:

Tacubaya viene a ser la capital de los pueblecillos cercanos a México, por su aire aristocrático, sus lujosas casas de campo, su población y la concurrencia que allí acude los domingos a pasar el día jugando a los bolos o paseando en los jardines. Entre las casas más notables se cuentan la de Escandón, la del conde de la Cortina, la del Gral. Carrera, la de Bardet, la de Iturbe, la de Carranza, la de Algara... La casa de Escandón tiene la entrada hermosa. Una calzada de árboles nobles y elevados conduce hasta la entrada que es circular; un peristilo corintio, con su enlosado mármol de Génova, sostiene el segundo cuerpo de la casa. Una galería que perteneció al conde de la Cortina fue comprada por el señor Escandón, y su colección de arte se compone de algunos originales de Pablo Céspedes, Alonso Cano, Cabrera, Turner, Gerardo Dow, y buenas copias de Rafael, Ticiano y Corregio. El edificio del Arzobispado ha sido convertido en el Aranjuez de los Presidentes de la República. A fines del siglo, tenía casa en Tacubaya D. Manuel Romero Rubio. También se hallaba en ese pueblo, al pie de unas fuentes bro-

tantes y cerca de la casa propiedad de D. Manuel Eduardo de Gorostiza, un frondoso fresno, llamado Árbol Bendito.

Otro lugar de esparcimiento cercano a la capital era el barrio de San Cosme, en el que abundaban los prados y jardines con hermosos rosales, hortensias azul y rosa pálidos, estanques, fuentes murmurantes, cenadores y quioscos en medio de los prados. Allí se podía ver el Cenador de Robinsón, en lo alto de dos corpulentos fresnos, y a unos pasos el Tívoli de San Cosme, cuyo nombre provenía de Tívoli, sitio cercano a Roma en donde el emperador Adriano mandó construir un palacio con inmensos jardines. El homónimo de San Cosme era el lugar idóneo para festejar "el amor, la política y la amistad" con espléndidos banquetes.

Cerca de la ciudad de México había, además, otros tres Tívolis: el del Ferrocarril, el del Eliseo y el Petit Versailles, pero ninguno resultaba tan agradable ni tenía árboles tan bien cultivados o cenadores de tan bello aspecto como el de San Cosme. 🌀

Amparo Gómez Tepexicuapan. Licenciada en historia por la UNAM. Responsable de la Curaduría de Documentos Históricos del Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec.